

Mayakovski: cien años

A cien años de su nacimiento, el 7 de julio de 1893, Mayakovski sigue acosando a la reflexión estética en espera de su cabal valoración. La complejidad de su obra y su vastedad no son el único obstáculo para la crítica, sino también las múltiples lecturas a que se lo ha sometido desde su suicidio en 1930.

Mayakovski es irreductible por contradictorio. Su trabajo poético revienta moldes y etiquetas. Condujo a la poesía rusa a nuevos terrenos donde imperan las hipótesis desmesuradas, los ritmos del habla cotidiana, las líneas truncadas y las rimas complejas. Los tres frentes de su asalto artístico fueron trazar una línea de demarcación respecto a los lenguajes sacralizados por el poder, destruir por la vía del extrañamiento la inercia de la percepción y cortar, de un tajo poético, el nudo gordiano que sujeta la vida cotidiana.

Semejante estrategia entraña una infatigable labor de depuración, de incesante precisión teórica. Con base en una apropiación reconocida de la tradición poética rusa y un arduo y meticuloso trabajo sobre la lengua, Mayakovski elabora en delirantes poemas líricos, en festivas marchas, en majestuosas odas y en sobrios partes de guerra estética, una obra que plantea la cuestión del compromiso político del artista. Sus términos rompen con la vieja argucia del compromiso exclusivo con la inspiración y la falacia del arte como esfera impoluta.

Mayakovski reflexiona desde la poesía, no para circular bajo ingenioso aspecto los vejesterios filosóficos que empañan el trabajo poético sino para ver con claridad la necesaria fusión de vanguardia artística y vanguardia política. Y todo esto no para sujetarse al encargo de ocasión ni al capricho de la burocracia cultural, sino como condición indispensable para la resolución de problemas propiamente artísticos.

En vida de Mayakovski esa era la orden del día; el debate sobre la fusión revolucionaria de los artistas era ocasión para el deslinde. A cien años de su nacimiento la línea de demarcación sigue vigente, a pesar de quienes quisieran sepultar con la losa del siglo el generoso afán de hacer vida nueva.

Su suicidio, el 14 de abril de 1930 —recién iniciado el primer quinquenio en la hoy llamada por muchos con fruición “otrora Unión Soviética”, justo cuando se consolidaba el poder absoluto de Stalin—, lo ha vuelto un símbolo para cierta crítica que se apresura a llenar páginas con la verborrea del artista asfixiado y la imposibilidad del socialismo. Por el otro lado, la academia soviética vertió sobre Mayakovski el “moco marmóreo” que paralizó su legado vivo y lo erigió en Poeta de la Revolución, título hueco y difamatorio cuando en nombre de la revolución se institucionaliza el terror y la impunidad.

El centenario de Mayakovski puede ser entonces, frente a lecturas abusivas, momento propicio para recuperarlo desde nuestros días, que él imaginaba limpios, bañados y perfumados, listos para hartarse con grandes panes de azúcar. No son así ciertamente pero podemos ser esos habitantes de su futuro “por quienes el poeta lamió escupitajos de tísico”. Leamos a Mayakovski desde adelante, para aprender.

Mayakovski apareció en la escena cultural rusa en medio de la crisis generalizada que siguió a la fracasada Revolución de 1905. La vanguardia política se debatía entre el fortalecimiento del partido o su liquidación, y las reflexiones sobre el factor subjetivo de la revolución —la educación de las masas, la cultura como agente transformador— ocupaban tanto a Lenin como a Gorki y Bogdánov.

En el reflujo se exacerbó la polémica que sobre el destino de Rusia enfrentaba a eslavófilos, que la querían rural, ortodoxa y oriental, y los europeizantes, que la querían urbana, industrial y occidental. En la cultura esto marcó la irrupción de los futuristas, cantores del vértigo moderno, de la electricidad y del concreto, opuestos a las hasta entonces dominantes evanescencias del simbolismo y su poética de objetos difuminados, de vapores místicos que todo lo envuelven.

Futuristas como Mayakovski y Jlébnikov, acmeístas como Mandelstam y Ajmátova, oponen su conciencia del valor material de la palabra, de su rugosidad y de su peso, a las brumas melódicas del simbolismo. El modernismo ruso se desarrolla en todas las artes y es punta de lanza en Europa en esa búsqueda de la poliexpresividad y de la puesta al día de la sensibilidad respecto a la vida moderna de principios de siglo.

En Mayakovski se dan la mano la visión ingenua de la ciudad y la tecnología, y el personaje del poeta creado por el romanticismo. Sus poemas previos a la Revolución de Octubre expresan lo que Trotsky llamó la “mayakomorfización del hombre”, el proceso por el que el poeta despliega su personalidad sobre sus semejantes y sobre el mundo. Todo cobra vida bajo su mirada y se sujeta al mandato de su drama personal, vivido como el de un gigante tullido, un titán impotente. “¡Estoy solo, como el último ojo de un hombre que va hacia los ciegos!” “¿En qué noche delirante, enferma, qué Goliaths me parieron tan grande y tan innecesario?”

El arrebatado romántico del poeta que soporta el sufrimiento del mundo y cuya visión privilegiada lo hace víctima del indecible sufrimiento de quien en verdad ve la tragedia del mundo, le viene bien al Mayakovski provinciano de 20 años que toma por asalto con estentórea voz el mundillo artístico de Moscú y San Petersburgo, ámbito de artistas de coctel, de patrocinios imperiales, de especulaciones metafísicas y líricas banalidades.

En 1912 Burliuk y Mayakovski publican la “Bofetada al gusto del público”, un manifiesto futurista que llama a liquidar la academia y a despertar a bofetones a la percepción, embotada por la inercia de la vida cotidiana. Este es un rasgo capi-



Vladimir Mayakovski,
1922



Cartel público de difusión y propaganda de ROSTA, dibujado por Mayakovski. ROSTA fue la agencia de noticias que después se llamó TASS

tal de Mayakovski: desde un principio asume en la práctica, y en sus primeros intentos de formulación teórica, que su intención de hacer "versos socialistas" implica su intervención poética militante en el frente de la sensibilidad y la imaginación, en la vida cotidiana reproductora del orden de la inmundicia.

Al poeta fustigador del tiempo, trabajador del idioma, el mundo del burgués le resulta obsceno. Una y otra vez Mayakovski estalla contra los "buenos burgueses grasientos a los que les chorrea la sopa por los bigotes". Esta crítica, común en general a todas las vanguardias artísticas europeas de ese momento, tuvo la oportunidad de no estancarse en el juego inofensivo, y asimilable por las galerías, de la mera innovación formal y el desgaste vital en el escándalo bohemio, gracias a los extraordinarios hechos de octubre de 1917.

Desde que estalló la Primera Guerra Mundial, los futuristas rusos desconocieron a sus inspiradores italianos por la postura fascista de Marinetti. Mayakovski y compañía adoptaron las posiciones de los bolcheviques respecto a la guerra y la denunciaron con denuedo. Al insurreccionarse los soviets, los futuristas rusos se unieron a la revuelta con el entusiasmo de quien realiza su más caro sueño.

Para Mayakovski la revolución era el advenimiento de la modernidad tecnificada, era el diluvio profetizado que barrería con miserias y mezquindades. Desde un inicio se dispuso a cantarla. El poeta de "La flauta vertebral" y "La nube en pantalones" de 1915 es ahora el "Poeta obrero" que dicta la "Orden al ejército del arte".

Entonces y ahora hay quienes se empeñan en ver dos etapas diametralmente opuestas en la obra de Mayakovski: antes y después de la Revolución de Octubre. Desde luego que ese fue un parteaguas histórico que aclaraba tajantemente las cosas. Se está por o en contra de la revolución. Sin embargo se escamotea la práctica integral de Mayakovski cuando se quiere ver en él al poeta que sacrificó su genio a la política: grave atentado de lesa poesía. Quienes hoy quieren redimirlo por su lírica prerrevolucionaria a pesar de su "poesía cívica" simplemente no empiezan a entender el valor inestimable de su práctica para los que hoy reflexionan en serio sobre las artes.

Mayakovski rompe con los viejos debates sobre forma y contenido, viciados por enteleguias filosóficas que aun hoy se insiste en reproducir, precisamente porque produce en situación revolucionaria, afanándose en la fusión con la vanguardia política. Y justamente las contradicciones de ese proceso inacabado, trunco, de fusión orgánica son el rico material para la reflexión que nos legó. La implementación de la institucionalidad soviética, el bloqueo, la hambruna, la guerra civil, la NEP, son determinaciones por esclarecer, así como lo son las cuestiones del papel del artista en un estado revolucionario y su relativa autonomía respecto al poder popular.

El suicidio de Esenin, el hostigamiento de la burocracia cultural y de los grupos que se creen genuinos guardianes de la pureza de raza proletaria, lo hacen explotar con emotivas denuncias y mordientes sátiras. Sus fracasos amorosos, su relación tormentosa con Lili Brik, son otros tantos elementos que entran en juego. Su suicidio no es una excrecencia ajena a su probada militancia obrera, ni un "yo acuso" enderezado contra la revolución o el partido. Es el telón de un drama personal cuyo liberal despliegue nos involucra hoy por el mañana.

Todas estas cuestiones hoy se muestran en su dolorosa urgencia, como un "aún no" trágico de la reflexión teórica. El "caso Mayakovski" no debe ser ocasión para la retórica sobre la creación, la esencia de la palabra, la belleza, la ahistoricidad de la sensibilidad y la intuición, etc. Junto con las prácticas de muchos otros productores artísticos puede ser objeto finalmente de circulación relevante.

Mayakovski no puede ser cercenado. El poeta del bofetón literario, que escandalizaba al culto público domesticado y adiestrado para digerir "como se debe" la cultura, con su camisa de un rotundo amarillo encendido, maquillaje y sombrero de copa; el poeta que declamaba "Me gusta ver morir a los niños" y retaba al con-

sumidor bien portado de obras de arte a tocar un nocturno en la flauta de las cañerías, es también el arengador político que cede la palabra al “camarada máuser” y afirma que el mejor verso es el cable noticioso que informa de una victoria del ejército rojo sobre los contras y recontras blancos.

Mayakovski no abandona nunca su labor minuciosa con el lenguaje, ya sea en poemas, en piezas teatrales o en guiones cinematográficos. En todos aparece la tentación romántica del poeta visionario lacerado por el presente; el escándalo de las palabras fuertes y sonoras, de las imágenes vertiginosas; la visión aséptica de un futuro lavado por el diluvio universal, donde la electricidad y el automatismo liberarán al trabajo humano y los objetos cobrarán vida.

La materialidad de las palabras, opuesta a su difuminación simbolista y a la vacuidad, obra de la perorata de la dominación, es en Mayakovski una realidad tangible. O visible en sus guiones cinematográficos, donde gracias a las maravillas de los efectos especiales artesanos se debe ver cómo objetos, titulares de periódicos, pensamientos y fragmentos de poemas se animan y danzan frente al poeta. Igualmente los objetos encarnan en su pieza llamada simplemente “Tragedia”, de 1914, y cuyo título original era precisamente “La rebelión de los objetos”. Rebelión contra el mundo cotidiano de opacidades y mugre, controlado por mujeres nauseabundas y hombres lujuriosos; a la voz del poeta se levantan hombres y objetos libres de sus nombres, es decir, de sus esclavitudes pasadas. Del escupitajo de una mujer miserable nacen gigantes tullidos y las mujeres amorosas crean millones de besos carnosos que pueblan el mundo.

Todos los elementos de la práctica de Mayakovski en su complejidad, en su contradictoria inserción a las organizaciones culturales soviéticas, deben ser recuperados hoy más que nunca, cuando arrecia el desánimo y nos lavamos las manos en las aguas del cinismo. José Revueltas exigió que no se volviera a suicidar Mayakovski, que no se repitieran los horrores de la persecución, de la estulticia impune; sólo será posible desde la reflexión honda y consecuente, nunca desde la autocomplaciente celebración de la utopía, desde el juicio irracionalista que clama: “Gloria al generoso esfuerzo ingenuo que ignoraba lo que nosotros sabemos: que nada tiene sentido y todo es imposible.”

Hoy apremia leer a Mayakovski. Como él dijo certeramente, “la poesía empieza donde hay tendencia”. ♦



Vladimir Mayakovski,
1924



Cartel de un debate
público entre Mayakovski y
Lunacharski